

ENCICLICA “COMMUNION INTERPRETES DOLORUM”^(*)

(15-IV-1945)

ORDENANSE PUBLICAS PRECES PARA LOGRAR LA PAZ DE LOS PUEBLOS

PIO PP. XII

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

AAS

37

97

1. Por cuanto fallan los medios humanos ha de invocarse a Dios, para poner término a la guerra. Nos, intérpretes de los comunes dolores que desde hace mucho tiempo afligen acerbísimamente a casi todos los pueblos, no deseamos sino lo que, o conduzca a desterrar y a aliviar, a medida de Nuestras fuerzas, las innumerables miserias, o lo que corresponda a acelerar el fin de tanta desgracia. Pero sabemos, naturalmente, que los recursos humanos no alcanzan a remediar esas ingentes calamidades; sabemos que los medios de la mente humana, sobre todo cuando el odio y la enemistad la ofuscan, no llega fácilmente a un justo y equitativo arreglo, ni se deja encaminar hacia la concordia fraternal.

Por esto es necesario volver a implo-
rar una y otra vez al *Padre de las luces*

y *misericordias*⁽¹⁾, quien solo puede en tan vehemente colisión y apasionamiento persuadir a todos los hombres de que ya se han acumulado espantosamente ruinas y devastaciones, que se han derramado demasiadas lágrimas y vertido demasiada sangre, y que, por tanto, los derechos divinos y humanos imponen terminantemente que esa horrible matanza se abandone y termine.

2. El Papa pide nuevamente oraciones por la paz. Por tanto, al acercarse el mes de mayo consagrado (en Europa) de un modo peculiar a la Santísima Virgen Madre de Dios, Nos deseamos, como ya lo expresamos en años anteriores⁽²⁾ también en éste volver a exhortaros a todos, —teniendo presentes ante todo a los tiernos e inocentes niños— para que con sus ruegos alcancen

(*) A. A. S., 37 (1945) 97-100. La versión castellana y los subtítulos son de responsabilidad de la 2ª edición.

En todas las *Encíclicas* que tratan de la paz, sea durante o después de la segunda Guerra mundial, sea en general en el mundo o sólo en Palestina, hay cierta afinidad si no identidad del pensamiento y argumento pontificio: agradece o destaca la obra realizada en pro de la Paz ora por la Santa Sede ora por otras instituciones o potencias, pero señala luego que los medios humanos son insuficientes y que debe buscarse la solución en la ayuda de Dios, es decir, en la oración, en la vuelta a Cristo, y en la restauración de los principios cristianos en la vida pública e individual, en el arrepentimiento y la penitencia, pues, sólo la oración de un cristiano que se aparta del pecado y vive conforme a los preceptos divinos puede esperar ser oído; especialmente exhorta a rezar a los niños, y los Ordinarios deben recalcar esas admoniciones pontificias a la grey que les está confiada. No falta casi en ninguna de esas Encíclicas el apóstrofe severo contra el error, la mentira, la insidia y el espíritu de revuelta que no solucionan nada e impiden la verdadera paz de las clases y de los pueblos. Llama la atención con que frecuencia repitió *Pío XII* ese llamado, históricamente más comprensible si tomamos en cuenta que en Italia fueron los años álgidos de una política interior del país que vivía bajo la amenaza constante de que el partido comunista y aliados se apoderaran (en las urnas) del gobierno de la nación seduciendo al pueblo con sus falsas promesas. Por el esquema indicado se guían, con un punto más u otro menos, las Encíclicas que van en esta Colección casi todas a continuación de ésta: *Communium interpretes dolorum*, 15-IV-1945, y son: *Optatissima Pax*, 18-XII-1947; *Auspicia Quaedam*, 1-V-1948; *In Multiplicibus Curis*, 24-X-1948; *Redemptoris Nostri*, 15-IV-1949; *Anni Sacri*, 12-III-1950; *Summi Maeroris*, 19-VII-1950; *Mirabile Illud*, 6-XII-1950. Se palpa en todas ellas el vivísimo anhelo de *Pío XII* de ver restaurada la verdadera paz por los principios del Evangelio, la oración y la penitencia. (P. H.)

(1) Ver Santiago 1, 17; II Cor. 1, 3.

[2] *Pío XII* ya antes sobre todo en 1941 (20 de abril) dirigiéndose en *Carta* al Cardenal Luis Maglione su Secretario de Estado había prescrito

oraciones públicas para obtener la paz por intermedio de María Santísima.

A continuación reproduciremos íntegramente el texto de la *Carta* mencionada del 20 de abril de

del Divino Redentor, por la intercesión de su santísima Madre que los pueblos, empujados a la discordia, la lucha y a toda clase de miserias, puedan respirar, por fin, de tan largo duelo y angustia.

3. Ante todo, es necesario la conversión y la renovación de la vida cristiana. Mas por cuanto son los pecados que hemos cometido ante Dios⁽³⁾ que nos apartan de El y nos hunden miserablemente en la ruina, no basta, como

1941 que comienza con las palabras: *Quamvis plane confidamus* (AAS. 33 [1941] 110-112).

1. *Renovada insistencia en las preces por la paz.* Aunque abrigamos plena confianza de que los fieles, y especialmente los niños, bajo la guía de sus padres recordando Nuestro llamamiento del pasado año, (ver AAS. 32 [1940] 144-146 cuyas primeras palabras son: "*Superiore Anno*") acudirán presurosos en el próximo mes de Mayo ante el altar de la Santísima Virgen Madre de Dios para impetrar la paz sobre la acongojada y temblorosa humanidad, deseamos sin embargo repetir a todos la misma exhortación, con esta carta que te dirigimos.

Cuanto más tempestuosamente angustia y desgarran los espíritus la guerra; cuanto más espantosos son los peligros de toda suerte que amenazan tantas naciones y pueblos, tanto más confiados queremos que sean las súplicas que se eleven al Cielo, de donde sólo podemos esperar, en medio de tan profundo extravío de ánimos y perturbación de cosas, que vengan tiempos mejores.

2. *Continuar orando pese al poco éxito.* Y si hasta ahora nuestras oraciones y nuestros votos no han alcanzado el suspirado éxito, no debe por ello desfallecer nuestra confianza, sino que todos con constante e insistente fervor debemos continuar siendo "*en la tribulación sufridos y perseverantes en la oración*". (Romanos 12, 12).

No conocemos nosotros los designios de Dios, pero sabemos que, por numerosas y graves que sean las culpas que provoquen el justo castigo del Cielo, es sin embargo el Señor "*Padre de las misericordias y Dios de toda consolación*", (II Corint. 1, 3) y que su amor y benevolencia para con nosotros no tiene límites.

3. *Nuestra esperanza, María.* Contamos además con otro motivo de confianza y esperanza: es a saber, tenemos ante el trono del Altísimo a la benignísima Madre de Dios y Madre nuestra que, con su omnipotente intercesión, puede seguramente alcanzarnos todo de El. A su patrocinio confiamos, por tanto, nuestras personas y nuestras cosas. Tome Ella como suyas nuestras oraciones y nuestros deseos, avalore las obras de expiación y de caridad, que debemos ofrecer en gran copia para que se nos torne propicia la Majestad divina.

Enjague Ella tantas lágrimas, consuele tantas angustias, mitigue tantos dolores, y nos los vuelva más suaves y llevaderos con la esperanza de los bienes eternos.

4. *Oraciones especiales en el mes de María, especialmente de los niños.* Y si nosotros, recordando nuestras culpas, nos juzgamos indignos de su maternal ternura, conduzcamos en nutridos grupos ante su altar sagrado a nuestros niños, especialmente durante el próximo mes de mayo,

bien sabéis, Venerables Hermanos, elevar fervorosas preces al cielo, no basta acudir frecuentísimamente al altar de la Santísima Virgen ofreciéndole limosnas, flores y plegarias, sino que es de todo punto necesario renovar, mediante las costumbres cristianas, la vida pública y privada, y echar así los sólidos cimientos en que únicamente puede apoyarse y descansar el edificio, no desunido ni tambaleante sino firme y concorde de la sociedad doméstica y civil. Todos recuerden y lleven a la

para que aboguen por nuestra causa, ellos que tienen alma cándida y labios inocentes, ellos que en sus límpidos ojos parecen recibir y reflejar destellos de luz celestial. Unidas sus plegarias con las nuestras, nos obtengan que allí donde serpentea ahora la ansiosa codicia, aletee cuanto antes el amor; que allí donde ahora recrudecen las mutuas injurias, reine el perdón; que a la discordia que divide los ánimos, suceda la concordia que los avicina y robustece; finalmente, que allí donde ahora se hacen más agudas profundas enemistades, trastornándolo todo miserablemente, se concierten nuevos pactos de amistad, que deparen la serenidad a los espíritus y por doquier la tranquilidad de un orden basado en la justicia.

5. *Oraciones por desterrados, prisioneros, heridos y la paz completa.* Imploren estos pequeños de la benignísima Madre de Dios los consuelos celestiales sobre todos los que gimen, y particularmente sobre los prófugos, los desterrados, los prisioneros y los heridos que sufren en los hospitales; pidan a Ella insistentemente, con sus inocentes labios, que se abrevien los días de esta tan grave desventura, de suerte que, después de haber sido afligidos por nuestros pecados, respiremos merced al consuelo de la divina gracia (ver Breviario Rom. Dominica IV de Cuaresma); y vuelva por consiguiente cuanto antes a brillar en nuestro cielo una paz completa, sólida y duradera, que, al hallarse inspirada e informada por la majestad de la justicia y por la virtud de la caridad, no encierre gérmenes latentes de discordias y rencores, ni contenga semillas de futuras guerras, sino que hermanando a los pueblos con los vínculos de la amistad, y ayudándoles a gozar, en tranquila libertad, de los frutos de su trabajo, los acompañe y dirija confiados, por los senderos de la peregrinación terrena, hacia la patria celestial.

6. *Recomendación a los Obispos.* Entre tanto te encargamos, amado Hijo Nuestro, que des a conocer a todos, del modo que juzgares más oportuno, estos Nuestros deseos y estas Nuestras exhortaciones, y en primer lugar a los sagrados Pastores, que mostrarán ciertamente el mayor interés en hacérselos saber a la grey que les está confiada.

7. *Bendición Apostólica.* Como auspicio de gracias divinas y como testimonio de Nuestra paternal benevolencia, damos con toda el alma la Bendición Apostólica a ti, amado Hijo Nuestro, y a todos aquellos —en modo especial a los niños— que con fervor de espontánea piedad acogieren esta Nuestra exhortación.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 20 de abril, Dominica in Albis del año 1941, tercero de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA XII.

(3) Ver Baruc 6, 1.

práctica aquella exhortación del santo profeta que dice: *"Convertíos a mí, dice el Señor de los Ejércitos, y yo me volveré a vosotros"*⁽⁴⁾, y mediten igualmente aquellas palabras del sapientísimo obispo de Hipona: *"Muda tu corazón y mudará tu obra: extirpa la pasión e implanta la caridad"*⁽⁵⁾. *"¿Deseas la paz? Practica la justicia, y tendrás paz, pues la justicia y la paz se dieron el ósculo"*⁽⁶⁾. *"Si no amas la justicia no tendrás paz: pues, se aman ambos a dos, la justicia y la paz: de modo que si obrares bien encontrarás la paz besando a la justicia... Si quieres, pues, llegar a la paz, obra la justicia, declina⁹⁹ la maldad y ejecuta el bien, que esto es amar la justicia; y si ya te has apartado del mal y obrado el bien, busca la paz y persíguela"*⁽⁷⁾.

4. Las intenciones por las cuales hay que rezar en Jesús y María. Si todos los fieles cristianos estuvieran animados de este espíritu y conformaran su vida a él, sin duda subirían gratas sus preces al trono del Altísimo y alcanzarían de Dios propicio los consuelos y dones que al presente tanto necesitamos.

Sabéis qué dones, qué auxilios y consuelos necesitamos en primer lugar en los peligrosísimos momentos que vivimos. Debemos ante todo pedir fervorosamente que las mentes y corazones se iluminen y se renueven por los preceptos cristianos, de los cuales solamente se ha de esperar la salvación pública y privada; que la guerra anquiladora de pueblos y naciones cese de causar estragos y que las Ligas de los ciudadanos, por un pacto amistoso, pacificadas y unidas entre sí, se empeñen, bajo los auspicios de la justicia y la caridad, en levantar del inmenso cúmulo de ruinas el nuevo edificio de la comunidad humana.

Además, hemos de pedir, mediante oraciones y penitencias, otra cosa al divino Redentor y a su Santísima Madre, a saber, que la paz —que sea paz

verdadera y sincera— concluya cuanto antes con este sangriento y funesto conflicto.

5. Oraciones por los gobernantes que han de decidir la suerte de los pueblos. No es, pues, fácil en tal disgregación y perturbación de las cosas, mientras muchos aún se odian mutuamente y están exacerbados, lograr tal paz que se suaviza por los iguales platicos de la justicia y que con caridad fraterna abraza a todos los pueblos y todas las naciones, y que no soporta los ocultos gérmenes de las discordias y enemistades.

Por tanto, necesitan de peculiar luz celestial aquellos a quienes incumbe resolver esos asuntos y hacer los pactos, y de cuya prudencia depende no sólo el destino de su propia nación sino el estado de la convivencia humana y el curso del porvenir. Nos deseamos, pues, que también por estas intenciones se eleven plegarias a Dios y que sobre todo los inocentes niños, en el mes de mayo (de María) impetren de la Madre de la Sabiduría divina la luz de arriba, individualmente para los que con su¹⁰⁰ palabra decidirán la causa universal.

Ponderen esos mismos y consideren ante Dios que lo que sobrepasare los límites de la justicia y equidad, resultará más tarde o más temprano, para los vencidos y los vencedores, sumamente perjudicial, por cuanto allí se ocultan las semillas de guerras futuras.

6. Oraciones por los desplazados y los prisioneros. Nos queremos además, que los que con agrado responden a esta exhortación Nuestra, se acuerden en sus oraciones también de los que, prófugos o expatriados, ya desde hace tiempo anhelan con dolor volver a ver sus lares domésticos o los que, prisioneros, desean y esperan la debida libertad después de la guerra, o los que con el cuerpo llagado yacen en los innumerables nosocomios.

(4) Zacarías 1, 3.

(5) San Agustín, *Sermo de Scriptur.* 72, 4 (Migne P.L. 38, col. 468).

(6) Salmo 84, 11.

(7) S. Agust. In *Psal.* 84, 12 (Migne, P.L. 37, col. 1078).

7. Por la intercesión de María. Estos pobres y a todos los demás para los cuales esta tremenda guerra trajo incontables angustias y dolores quiera la benignísima Madre de Dios conceder los consuelos celestiales y darles la virtud de la cristiana paciencia la cual hace llevaderas aún las más acerbadas penas y ayuda a merecer la gloria eterna.

8. Recomendación a los Obispos y Bendición Apostólica. A vosotros, Venerables Hermanos, incumbe comuni-

car estos paternales deseos y exhortaciones a los fieles confiados a vosotros, a todos los cuales, y en especial a todos y a cada uno de vosotros, impartimos como auspicio de dones celestiales y testimonio de Nuestra benevolencia, con todo afecto en el Señor, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el domingo, 15 de Abril de 1945 consagrado a Jesucristo Buen Pastor, séptimo de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA XII.